

Eisoptrofobia

Por Az



Camino con pesadez por el oscuro pasillo frente a mi habitación. Mis párpados pesan como los recuerdos que emergen del cementerio de mi mente tras cada pisada. Abro la puerta nueva — mal colocada por el idiota que no sabe usar una regla— y el crujido de la madera contra el marco, acompañado por el chillido de las bisagras, rebota por todo el lugar. El sonido regresa a mis oídos como un grito desgarrador que me dice que me vaya.

Observo la figura sobre el cristal. Su apariencia es tan horrorosa como el sonido que acaba de provocarse, multiplicado por cien mil.

Alzo el brazo con la mano cerrada frente a esa persona que me observa con el mismo desprecio que yo le tengo. Levanto el pulgar y el dedo medio en un gesto grosero que mis padres odiarían... si estuvieran aquí. Aunque, sinceramente, tampoco me importaría si lo estuvieran.

Bajo la mirada hacia el lavabo y me quedo unos segundos en trance, sin saber por qué, mientras ese individuo me sigue mirando con una letalidad fría, juzgándome, evaluando si hoy merezco andar por ahí, arruinando la vida de los demás.

Después de unos segundos de dolencia, salgo del cuarto del tamaño de un cobertizo. Me cuelgo la bolsa con piedras que suelo cargar a diario y bajo las escaleras.

Cada peldaño me exige borrar la expresión de odio que me cubre el rostro, como si así pudiera ahorrar tiempo. Ya perdí cinco minutos mirando a ese imbécil.

Saludo a mi madre sin decir palabra y me siento a comer. Devoro el plato en un par de segundos para evitar que la escoria que me acompaña tenga tiempo de alimentarse. Mi madre inhala con disgusto por mi manera de comer, pero ya estoy acostumbrado a este ritual infernal llamado “prepararse para un día más”.

Arrojo a mi molesto acompañante al sillón. Lastimarlo no ayuda, pero alejarlo de mí es suficiente. Le doy cualquier objeto cercano para que se distraiga, pero, por primera vez en mucho tiempo, lo rechaza. Me sigue al baño, se proyecta de nuevo sobre el cristal mientras levanto la máscara para cepillarme los dientes con furia. La encía sangra por la fuerza innecesaria. Escupo una mezcla espesa de sangre, saliva y pasta dental que se desparrama por el lavabo. Aún permanece en mi boca unos segundos, hasta que empiezo a lavarme la cara.

Siento su mirada perforarme. Grita su odio hacia mí sin filtro. Me seco con la toalla y pateo la puerta mientras vuelvo a colocar la máscara en su lugar.

Miro, hastiado, la sombra reflejada en el espejo antiguo que cuelga de la pared. Apago la luz y cierro la puerta. Mi madre me espera con una sonrisa, luego comienza a quitar los múltiples cerrojos de nuestras dos puertas. Nunca entendí por qué tanta seguridad, si el verdadero peligro vive con nosotros.

Subo al auto. Forcejeo con la mochila que no quiere entrar entre el salpicadero y mis piernas. Coloco la lonchera sobre las rodillas y cierro la puerta con cuidado —a mi madre le molesta cuando la azoto—, pero el engendro la pateo, haciendo que se cierre con violencia. Mi madre me lanza una mirada de enojo. No sabe que no fue mi culpa. Nunca me cree.

Observo el cielo aún oscuro, ignorando el rugir del motor. Me recargo en la puerta, buscando en lo más alto una excusa para no mirar al monstruo reflejado en el espejo lateral del Polo. Murmuro una oración apresurada y me pierdo en el cielo, que lentamente se tiñe de naranja. Muevo el mochilón para arrimarme más a la puerta. Veo, por unos segundos, a esa horripilante criatura que devora mi alma con su mirada, y vuelvo a fijarme en el cielo.

El auto se detiene. Rodeado de árboles y vehículos, me bajo después de besar la mejilla de mi madre. Cargo con dificultad mis cosas. Siento una paz momentánea: el ente demoníaco se ausenta brevemente para “saludar a viejos amigos”.

Camino sin miedo por las calles del campus, confiando en que nadie me atropellará si me atravieso. Paso mi credencial por el escáner mientras al otro lado me espera él. Atravieso mi sombra y los recuerdos que susurran a mis oídos:

—Inútil —me dice el espectro de quien fue mi mejor amigo.

—Mátate / Aléjate —ríen otras sombras mientras volteo.

—No eres divertido, ponte un cierre en la boca —exclaman otras más.

—No vayas a llorar, víctima —me grita en silencio la sombra de mi padre.

—Eres taaaaaaan molesto —aclaran algunas que se desvanecen al intentar reconocerlas.

—Vas a llegar tarde. Avanza más rápido, imbécil —menciona Azael, la sombra más grande. Su voz retumba en mi cabeza, haciendo estallar a las demás proyecciones como si no fueran nada.

Siento el sol quemar mi nuca, agrandando esa figura que me ha seguido desde que desperté. Miro al suelo, intentando evitar su mirada, pero su cuerpo devora incluso aquello en lo que intento concentrarme.



Eisoptrofobia

Camino más rápido, buscando el refugio momentáneo de mis amigos y las clases, pero él siempre es más rápido. Me encierro en el aula y busco mi lugar. Disocio. Las voces no paran. Ya no son sombras. Ojalá lo fueran.

La luz del salón es alegre, pero no puede ocultarlo. Repite todo lo que me han dicho. Su voz penetra, irritante, venenosa. El odio que sale de mi mente me destruye por dentro. Me hundo en pensamientos mientras mantengo la máscara. Para este punto, ya llevo puesto el disfraz completo.

El sol —cómplice del demonio— se ríe a mis espaldas. Las horas pasan. El día termina. Son las 3:00 p.m. Todos se han ido. Meto mis cosas a la mochila vieja, salgo del aula y pateo la puerta para que cierre bien. El sonido del cerrojo contra el marco me recuerda el conflicto de la mañana. O, mejor dicho, él me lo recuerda.

Azael empuja a la gente, luego me señala a mí. Todos me odian. Se ríe al verlos mirarme con desprecio. Yo bajo la cabeza. Apresuro mi andar. Paso la credencial. Salgo disparado hacia el estacionamiento. El silencio no es paz. Es opresión.

Mis pisadas son cada vez más suaves. El mundo se desvanece bajo mis pies. Los sonidos desaparecen. Los murmullos de Azael son cuchillos en mi oído. Cada palabra, un golpe. Cada frase, una herida.

Camino como un robot hasta que el grito de mi madre me regresa. Me había pasado del auto. Piso el suelo que vuelve a existir y me acerco lentamente. Ajusto el disfraz. Sonrío brevemente. Subo al asiento del copiloto. Respondo “bien” al cuestionario diario. Como siempre.

Evito mirar el espejo lateral. Él está allí, riendo, burlándose. Me bajo en cuanto llegamos. Subo rápido a mi habitación y enciendo la música. La guitarra a todo volumen ahoga su voz. Por fin. Mi madre interrumpe para avisar que la comida está lista. Bajo, devoro el plato, y regreso con la intención de soñar despierto el resto del día.

La luna aparece. Mi madre me dice que es hora de dormir. Apago la música. Me recuesto. Las luces se apagan. Su risa llena la habitación. Su sombra me devora.

Sus pasos livianos retumban sobre la madera. Sus ojos brillan. Me derrumba con la mirada. Caigo rendido con ayuda del cansancio.

...

Camino con pesadez por el oscuro pasillo frente a mi habitación...

